

La memoria cautiva

Luis Alfonso Iglesias Huelga

“PUEDO vivir sin Álvarez ni Cascos, sin un montón de vascos, pero no puedo vivir sin memoria” dice la canción de Víctor Manuel. Ahora que ya no podemos vivir sin ninguno de los dos sólo nos queda la memoria. El Gobierno se olvidó de lo importante, la ciudadanía de lo que tiene importancia y la derecha, esa nueva opción política que afronta el futuro en mantillas y con sotanas, vuelve al lugar que estima propio, el poder, ese término en el que la insignificancia del significado se relaciona con la fuerza de su significante. El único recuerdo que nos queda es que nos contaron que podíamos ser todos ricos, no importa a costa de quien, y que teníamos que ser consumidores, eso sí, a cualquier costa. Se me olvidó que te olvidé le dijo el crédito al deudor, porque la dialéctica del amo y del esclavo siempre gira hacia el lado contrario. Cuentan que el zoólogo Thomas Henry Huxley, amigo de Darwin y defensor de la teoría de la evolución, tuvo que soportar el inquisitorial sarcasmo del obispo de Oxford: “¿Me permite preguntarle si es por parte de padre o por parte de madre que usted reclama sus derechos de sucesión de un mono?”. Huxley susurró su respuesta: “Prefiero ser un mono perfeccionado antes que un Adán degenerado”. Al parecer la memoria perfecciona y la inmutabilidad degenera. Por tanto, como el olvido es un lugar que está lleno de recuerdos, desenterremos la memoria, la de verdad, la de los ruidos y las nueces, la que nos ofrece la tensión esencial. “Vivimos en un lugar, pero habitamos en la memoria” afirmaba Saramago. Habitémosla de una vez, pero para distinguir definitivamente el drama del espectáculo y defender las ilusiones, aunque algunas certezas se hayan quedado por el camino víctimas de la fragilidad de nuestros recuerdos.